

La educación de la recta conciencia en la comprensión del ruido de fondo de causalidad

Palabras clave: Conciencia, práctica, cotidianidad, forma de vida.

Brayan Alexander Rodríguez Gómez

No necesitamos de nuestros ojos para ver nuestros pensamientos, o nuestra corriente de conciencia, sino que nos basta detenernos a contemplar qué es lo que sucede dentro de nosotros. (Alarcón Zambrano N., 2018, p. 430)

El ser humano se enfrenta cotidianamente a situaciones que le exigen asumir actitudes y ejercer acciones definidas. Ya que no existe un manual de vida para el hombre sobre cómo proceder ante determinadas situaciones en la actualidad, la forma en la que el ser humano ejerce su accionar se vuelve una cuestión particular dependiente no solo del estímulo del entorno, sino también de su ejercicio racional y de la conciencia en libertad aplicada por sí mismo.

Ahora bien, al hablar del ser humano desde la filosofía, se encuentra un gran abanico de posibilidades, de comportamientos y de preocupaciones. Estos planteamientos suelen ser en muchos casos situaciones conflictivas para las personas, pues afrontar el sin fin de variables por las que una persona puede estar pasando, no es cosa fácil. Un ejemplo de ello puede ser la duda sobre qué carrera universitaria debe elegir un estudiante de undécimo grado entre las tantas opciones existentes; o el derecho y a la vez deber que un joven asume al empezar una vida sexual en la que puede llegar a ponerse en peligro a sí mismo y a sus parejas con prácticas sexuales peligrosas, como sostener relaciones sexuales con varias parejas sin el uso del preservativo, que le produzcan en muchos casos satisfacción momentánea, pero que a largo plazo puedan incidir en su vida y en la de los que lo rodean, de una forma negativa. Lo anterior asumiendo que en cualquier manera que el ser humano se decida a actuar:

Nuestra conducta no viene dictada de una manera automática por una especie de universalismo abstracto, sino que, en cada caso, lo que importa es que nos liberemos de los anteojos, si se pueden llamar así, que restringen nuestra visión sólo a nuestro propio interés. (Hadot P., 2013, p. 20).

Aquella liberación de lo individual para el hombre, suele ser un camino difícil que requiere de amplios esfuerzos individuales por encontrar su trayectoria que, de la mano de la

enseñanza y aprendizaje de la filosofía, puede representar cuando menos una interesante discusión sobre las formas en las que el individuo se asume a sí mismo y cómo, desde su libertad, empieza a labrar un camino de vida encausado a la búsqueda de la plenitud individual.

Cuando se habla de la libertad del ser humano, se hace referencia a la búsqueda de plenitud del individuo debido a que la libertad de la que hablaba Hadot anteriormente se refiere a la búsqueda del conocimiento, a salir de la visión personal del mundo y adentrarse en una percepción de mundo más general para retarse a sí mismo y transformar el discurso interior. La importancia de esculcar en las demás visiones de mundo radica en saber si se actúa por convicción propia o por inercia, al experimentar otros puntos de vista y decidir libremente por tal o cual camino. Bajo este orden de ideas cada acción del sujeto en cuestión logrará tener su sentido y su razón de ser de una forma individual, encaminada al bien común.

No obstante, para hallar la senda de libertad que lo lleve a encontrarse con la plenitud tendrá en primer lugar que apropiarse de su actuar, deberá entonces hacerse consciente de su existencia. Buscar con sabiduría, hacerse consciente de sí mismo.

Al hablar de problemas para el ser humano, que es de donde surge la necesidad de la búsqueda de la libertad, existen según Peter Berger y Tomas Luckmann (2007) una actitud natural del ser humano que consiste en rutinas de la cotidianidad (i), situaciones con las que el ser humano ya está acostumbrado a lidiar porque pertenecen a su diario vivir, tales como percances en el trabajo de los que ya hubieran precedentes para el individuo en cuestión; por otra parte se encuentra la actitud teórica del filósofo o del hombre de ciencia (ii) que surge cuando se requiere resolver dudas extraordinarias, aquellas a las que nunca antes se hubiera enfrentado el ser humano en cuestión.

Ahora bien, la segunda clase de situaciones se lograrán solventar de mejor manera si se abordan con mayor frecuencia en las clases de filosofía, pues para Leticia Correa (2012) la filosofía y la educación siempre van de la mano. Esto debido, primeramente, al sentido que busca darle la filosofía a la educación, que consiste en fundamentarla bajo una perspectiva antropológica para luego justificarla como algo imprescindible para el hombre. La segunda razón consiste en la finalidad de la educación, pues esta se debe plantear desde una correcta voluntad que consiste en el amor a la sabiduría y que encuentra la posibilidad de surgir desde la filosofía.

Si bien no existe un concepto muy claro para la conciencia, se encuentra bastante enlazada con la experiencia subjetiva del ser humano. Para Nicolás Alarcón (2012), si se aborda a la conciencia desde la fenomenología, esta consiste en las percepciones y sensaciones del mundo en cada individuo, por lo que la conciencia se convierte en una experiencia particular de carácter cualitativo al no poder ser exactas dos experiencias de distintos seres humanos. David Chalmers (1999) menciona con respecto a la conciencia que “El tema puede caracterizarse mejor como “la cualidad subjetiva de la experiencia”. Cuando percibimos, pensamos y actuamos, existe un ruido de fondo de causalidad y procesamiento de información, pero este procesamiento no ocurre en la oscuridad.” (p. 26). Por lo que se asume que en dicho proceso se encuentra totalmente intrínseca la libertad de pensamiento e interpretación del ser humano. El reto para la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía consiste entonces en ayudar al ser humano a lograr despegarse del yo completamente subjetivo para pasar a una visión más universal del mundo.

Para lograr lo anterior, se hará necesario pasar a un estado de conciencia más general, uno en el que se procure hablar desde un lenguaje universal, uno en el que si bien no haya un acuerdo totalmente mutuo entre dos personas, se presente al menos la intencionalidad de actuar bien. “...pues “sabe” (o cree saber) que su acción es lícita, pues quiere hacer una buena acción. Lo exigible al hombre es que obre luego de juzgar prudentemente si su acción es o no buena. Esto es, con conciencia recta.” (Brandi S., 2006, p. 5).

Ahora bien, desde la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía, existe la oportunidad de encontrar momentos y espacios donde se pueda hablar de la conciencia de los jóvenes, porque esto crea oportunidades en los estudiantes para que vean dentro de sí mismos a sus problemas personales y a sus intereses cotidianos. Para ellos puede convertirse en un motor de vida, o lo que es igual, en un eje fundamental de su proyecto de vida, como lo es el interés oculto de una joven por la música; o la atracción silenciosa de un hombre por la moda a sabiendas de las críticas que habitualmente reciben las personas de género masculino interesados en este tipo de temas, se trata entonces de apoyar el proceso de formación del estudiantado al estimular desde temprana edad sus intereses personales, al procurar aplicar la enseñanza y aprendizaje de la filosofía en función de su cotidianidad para que las problemáticas que le corresponden a la actitud teórica del filósofo o del hombre de ciencia (ii) sean mejormente abordables hasta el punto en el que esa problemática sea aprehendida

y se convierta de esta manera en no problemática (i), lo que llevará finalmente a que pase a ser una situación cotidiana, logrando así que sea abordable desde una visión universal.

Con lo anterior se busca entonces, construir nuevas y mejores posibilidades de elección para los jóvenes ante determinaciones que les permitan empezar a labrar un camino de vida a base de decisiones que puedan llegar a ser trascendentales y beneficiosas tanto para ellos como para su entorno, que puedan conducir de buena manera el ruido de fondo en el que la filosofía puede ser la luz de causalidad y procesamiento de la información. En este sentido, cabe aclarar que filosofía apoya los procesos de reflexión, de razonamiento y pensamiento crítico en la vida del individuo. Desde la antigua Grecia, “La filosofía era considerada de este modo ejercicio del pensamiento, de la voluntad y del ser entero, con el fin de alcanzar ese estado, la sabiduría.” (Hadot P., 2006, p. 236).

En dicho sentido, es necesaria la seria apropiación del individuo con respecto a las situaciones que acontecen en su entorno y de las decisiones tomadas al respecto. Estas situaciones deben ser observadas desde constructos sociales para poder actuar en la sociedad sin transgredirla, para tal fin se encuentra a la moral que consiste en “todo lo que constituye fuente de solidaridad, todo lo que fuerza al hombre a contar con el otro, a regular sus movimientos con arreglo a algo más que los impulsos de su egoísmo” (Tébar L., 2017, p. 137).

De esta manera se abre una puerta que lleva hacia la comprensión de lo que ocurre en el exterior del sujeto en cuestión, desde una visión particular y subjetiva. En otras palabras, la forma en la que difiere entre lo que es bueno para sí mismo y su entorno de lo que no lo es. A la formación de la recta conciencia.

Pregunta problema

Si bien, es cierto que no existe propiamente un manual para resolver las situaciones de vida, es posible estimular mediante la enseñanza y aprendizaje de la filosofía, la adquisición de insumos metodológicos en la población escolar que les permitan afrontar los problemas que se salen de la cotidianidad mediante la actitud filosófica o del hombre de ciencia propuesta por Berger y Luckmann (2007).

La necesidad para el individuo de hacer que los problemas que no tienen un precedente en la experiencia subjetiva, se incorporen a la cotidianidad, radica en la necesidad de estimular

el pensamiento crítico, así como la aprehensión de constructos sociales como lo son la ética, la moral y la justicia, incentivando la adquisición de más y mejores posibilidades de tomar decisiones, o lo que es lo mismo, estimular, fomentar y desarrollar el uso de la recta conciencia. Para este fin, es importante resaltar cómo las situaciones específicas afectan circunstancialmente al individuo, como por ejemplo los prejuicios, los hábitos, los lugares comunes, que entran directamente en el juego de la praxis humana, pero que a su vez hacen parte de su razonamiento.

Por lo tanto, la pregunta que se plantea en el presente escrito consiste en indagar ¿hasta dónde es posible fomentar en los jóvenes el desarrollo de la recta conciencia en situaciones cotidianas, desde una ruta metodológica de carácter filosófico?

A continuación, se realizará una delimitación de los elementos relevantes en la búsqueda de un uso más eficiente y constante de la conciencia, esto con el objetivo de establecer los insumos metodológicos con los que el docente de filosofía pueden contar a la hora de estimular la recta conciencia de los estudiantes, para que a mediano y largo plazo ellos tengan más y mejores capacidades a la hora de discernir y tomar decisiones cotidianas de forma racional. En el transcurso del texto se irá complementando la importancia de su uso y la articulación de la conciencia desde la filosofía, la libertad de conciencia, el libre albedrío, la recta conciencia, la pedagogía dialogante y la relación de la felicidad con la conciencia.

Referentes teóricos

Conciencia

Se parte de la idea de la conciencia como un fenómeno constante que se presenta tanto de adentro del ser humano hacia afuera, como de afuera hacia adentro. Por lo anterior, la conciencia está presente tanto en una idea salida de la subjetividad, como por ejemplo un estado de preocupación, como también lo es el estar observando un objeto tangible como un balón de fútbol, pues en ambos casos está presente la conciencia. Al respecto, Peter Berger y Thomas Luckmann (2002) nos recuerdan que “La conciencia es siempre intencional, siempre apunta o se dirige a objetos. Nunca podemos aprehender tal o cual substrato supuesto de conciencia en cuanto tal, sino solo la conciencia de esto o aquello.” (p. 3). Por lo que el concepto anteriormente mencionado coincide con la definición de conciencia como ruido de fondo de causalidad constante y personal de Chalmers (1999). En ambos casos la

conciencia es un estado del ser humano del cual no se puede lograr una enseñanza concreta, en cambio se generan experiencias subjetivas ya sea sobre las preocupaciones o la idea de un balón en cada uno de los casos.

Por lo anterior, la conciencia no puede darse como un molde definitivo para todas las personas, puesto que la conciencia se da de forma particular, nace de la inteligibilidad del individuo y se gesta en la individualidad de cada ser humano y de cada situación en específico.

Al respecto, Marco Aurelio (1983) menciona en sus meditaciones la importancia de estar atentos al entorno que se habita, pues afirma "...que la palabra prudencia significa para ti la costumbre de examinar cuidadosamente y sin distracción la naturaleza de cada objeto, la de paciencia, la conformidad espontánea a todo cuanto la naturaleza común te da en su reparto." (p. 133).

Ahora bien, la naturaleza del objeto adopta la necesidad de ser plenamente definida y diferenciada de conceptos que pueden llegar a ser abstractos, dadas las distintas esferas de la realidad, pues de esta manera se establece cuál es la realidad suprema del ser humano, lo que le permite a este enfocarse en lo que desea ser y hacer, atendiendo a no entrar en conflictos superfluos sobre las distintas realidades con las que se podrá encontrar en el camino de vida, como lo son las percepciones y opiniones de otras personas, atendiendo a la premisa de que la vida de cada individuo es una experiencia distinta y única. Para comprender de una buena manera dicho fenómeno, se habla de distintas esferas de la realidad al asumir, por ejemplo, que los seres humanos pertenecientes a la cotidianidad del ser humano en cuestión hacen parte de una realidad distinta a la realidad que pueda percibir en un sueño con esas mismas personas, al igual que si por cuestiones imaginativas, asume que esas mismas personas eran buenas, aun cuando sus actos demuestran todo lo contrario.

No obstante, hay que destacar que solamente una de las realidades mencionadas con anterioridad puede ser llamada como la realidad suprema y esta es ni más ni menos que la realidad de la vida cotidiana. Esta es constantemente urgente, imperiosa y abarca la totalidad de la realidad del ser humano al no poder ser dejada de lado pues consiste en la actitud que suele adoptar el ser humano en cuestión. Como dirían Peter Berger y Thomas Luckmann (2002) "Este estado de plena vigilia con respecto a existir y aprehender la realidad de la vida

cotidiana es para mí algo normal y evidente por sí mismo, vale decir, constituye mi actitud natural.” (P. 4).

Esta actitud natural, que se encuentra estrechamente ligada a la conciencia, consiste en la capacidad del ser humano de poder tomar determinaciones de una forma racional, demostrando así mismo una amplia capacidad para discernir entre lo que es bueno y lo que es malo. No obstante:

La noción de conciencia práctica implica que los agentes sociales operan en su cotidiano en contextos en donde distintas fuentes de información dejan de ser monitoreadas activamente por el cuerpo. Ya que sus existencias entran en el desarrollo de las acciones de los actores como supuestos, como dados. (Ribeiro G., 1989, p. 66).

Consecuentemente, el individuo empieza a dar por sentados ciertos preceptos basándose en experiencias que va adquiriendo ante diversas situaciones de vida cotidiana, que de todas formas requieren de un juicio por parte del individuo. Este juicio a su vez va de la mano con cuestionamientos de carácter ético y moral que le permiten al individuo juzgar si el acto es bueno o malo, pues “Será recto cualquier acto de la conciencia en tanto sepamos que ese acto fue o no fue bueno y también que la conciencia nos dé testimonio de la bondad o maldad del acto.” (Brandi S., 2006, p. 7).

De esta manera se define a la conciencia como la capacidad que adquiere el ser humano para discernir y poder tomar decisiones racionalmente, manteniendo prudencia en los actos al ser revisados moralmente. En caso de que se gesten malos actos, se estaría hablando de una conciencia desordenada puesto que iría en contra de los preceptos de bien moral.

Por lo anterior, es necesaria la búsqueda de toma de conciencia del ser humano desde su capacidad de discernimiento entre el bien y el mal para poder obrar de manera conveniente en las situaciones vivenciales. Para este caso, el aprender a filosofar es el ejercicio racional que requiere el individuo para actuar diariamente en aras del buen vivir, de obtener una vida plena en la que el mismo ser humano tenga la capacidad de dar en cada instante de su vida, la máxima intensidad en la búsqueda del beneficio no solamente personal sino colectivo.

Libre albedrío del sujeto

Así mismo, hay que resaltar que aunque el individuo tiene libertad en sus pensamientos, en sus deseos y en sus decisiones, aquello que se conoce como el libre albedrío, también dependerá en ciertas circunstancias de las decisiones de los demás y de los cambios que ocurran en su entorno en el transcurso del tiempo. Dicho acto de comprender que no todo lo que percibe el ser humano en cuestión y que incide en su corporalidad se encuentra bajo su control, es una parte indispensable de la actitud filosófica requerida para poder actuar libremente.

Es por ello que al comprender la importancia del libre albedrío como articulador de la conciencia filosófica es necesario afirmar que “Nuestro concepto preliminar de libre albedrío se basaría, en consecuencia, en dos condiciones fundamentales: (1) posibilidades alternativas de decisión y/o acción, y (2) control último sobre nuestras decisiones y/o acciones.” (Muñoz O., 2015, p. 20).

Aquella identificación de las dos condiciones que plantea Muñoz, será el procedimiento que el docente de filosofía deberá dar a entender a sus estudiantes en lo que respecta a la importancia del libre albedrío, puesto que las alternativas de decisión y/o acción así como el control último sobre decisiones propias es aquello de lo que los individuos deberán encargarse de forma consiente en cada situación cotidiana que acontezca, todo esto procurando no caer en el error de la impaciencia o de la impulsividad.

No obstante, al concepto de libre albedrío, debe ir estrechamente ligado el de la razón, “esto es, a la capacidad de exponer ante otros razones, que, aun cuando no fuesen finalmente compartidas, deben ser públicamente argumentables.” (Gómez C., 2007, p. 182). Lo anterior teniendo en cuenta que la cuestión del libre pensamiento, cuenta igualmente con la responsabilidad de poder argumentar lo que se dice o en lo que se piensa, haciendo uso práctico de la razón misma en el entorno, recordando que como seres humanos somos actores de una sociedad habitada por iguales.

Finalmente, es de aclarar que el libre albedrío es tanto una responsabilidad como una libertad y que por lo tanto, el hecho de ejercerlo adecuadamente no significa que habrá siempre una aceptación completa de los actores partícipes del entorno ante cualquier decisión o acción que tome el individuo en cuestión. Un ejemplo de ello puede ser el caso de un estudiante que decida ser expresamente ateo aun cuando sus padres tenga como credo religioso al catolicismo pues seguramente la familia no esté de acuerdo con la decisión del joven, no

obstante, él es libre de elegir su credo religioso. En este ejemplo, la forma adecuada de terminar de aplicar adecuadamente el ejercicio de libre albedrío, se encuentra en la responsabilidad de ambas partes que, aunque no coinciden con las mismas convicciones religiosas, deberán respetar la libertad de credo de cualquier integrante de la familia.

Recta conciencia

Ahora bien, aunque el ser humano cuenta con gran capacidad de razonamiento para tomar decisiones de una forma libre y sabia, es necesario recordar que cada individuo puede aun así decantarse por tomar decisiones que lo beneficien solo de forma individual, pero que a su vez sean negativas para el entorno que lo rodea. Así como puede que, aun aprendiendo a realizar un correcto ejercicio de libre albedrío, decida hacer o permitir aquello que le hace daño a sí mismo y a su entorno, pues finalmente estas decisiones son de carácter individual y subjetivo.

Se estaría hablando de que solamente la aplicación de un correcto ejercicio de libre albedrío no es suficiente para asegurar que el individuo haya desarrollado completamente su habilidad de conciencia. Para lograrlo, es necesario que la libertad del ser humano vaya de la mano con la moral, pero ¿cómo interactúa la libertad de pensamiento con la moral del individuo en la sociedad sin que estas dos entren en conflicto?

En primera instancia es indispensable afirmar que la libertad y la moral no se encuentran separadas, pues aunque la moral es un concepto “referido al conocimiento de los valores o del bien y del mal” (Gómez C., 2007, p. 169), la interpretación que el individuo realiza sobre los valores se convierte en el punto de encuentro entre la moral y la libertad. La razón de ser de ello se encuentra en asumir al ser humano no solo como cumplidor de la moral sino como constructor de la misma para poder llegar a puntos de encuentro desde la individualidad, desde la forma en la que cada uno interpreta estas normas. Lo habitual en este caso es actuar bajo la lógica del respeto a los demás hombres sin dejar de lado el autorrespeto. “La Moral define los principios, normas y valores de cada persona, grupo o generación que llevan a una vida buena y justa. Se desarrolla en la vida cotidiana, en las actividades que constituyen nuestro modo de ser.” (Tébar L., 2017, p. 138).

Con lo anterior es posible afirmar que, si bien la ética consiste en afirmaciones que son o que buscan ser leyes universales y por lo tanto, afirmaciones a las que se les debe dar

cumplimiento, son leyes que se encuentran abiertas a la interpretación de niños, jóvenes y adultos, por lo que se están sujetas a distintos puntos de vista que se convierten en convicciones morales, convicciones que pueden llegar a entrar en conflicto entre sí mismas, incluso en el aula. Para ello es indispensable trasladar aquellos conflictos al discurso para que los afectados puedan argumentar equitativamente sus puntos de vista, dicho discurso que puede ir encausado a una pedagogía dialogante de la que hablaremos más adelante.

Por lo tanto, la ética y la moral van de la mano de la libertad, toda vez que la raza humana tenga al menos noción de lo finito que es el universo en el que se habita y de la capacidad humana de afrontar los acontecimientos que allí ocurren.

Pasamos aquí- naturalmente, de la visión del universo a un examen de conciencia que se refiere a la disciplina del deseo y a nuestra actitud frente a los acontecimientos que nos ocurren en virtud del movimiento general del universo. Como dice Epicteto una vez más. (Hadot P., 2013, p. 180).

El desarrollo de la recta conciencia les entrega a los estudiantes la capacidad de discernir entre lo bueno y lo malo y para ello será indispensable que el docente realice un acompañamiento constante por medio de ejercicios de transformación del discurso interior y ejercicios dialogantes en los ambientes educativos encaminados a juzgar los actos desde su gestación en la conciencia hasta la puesta en práctica. Así mismo se requiere de una serie de ejercicios espirituales que requieren en este caso de abarcar tres indicios de carácter religioso, propuestos en este caso por Gianni Vattimo (1996) “La experiencia de la muerte de aquellos a quienes se ama y por quienes se es amado; la conciencia del envejecimiento inevitable y los límites impuestos a la realización personal por una vida efímera” (p. 12).

Para este caso, se alude a la vida efímera como ejercicio de reflexión sobre las acciones de cada individuo en el contexto y la forma en la que se puede ver el mundo, examinando cuidadosamente las implicaciones que pueda tener actuar de una u otra forma ante estos tres indicios, pues el análisis de las tres premisas es una oportunidad que se le entrega al ser humano para adoptar una actitud estoica de vida, que es la que se encarga de alejarse de las pasiones desordenadas y en cambio le permite enfocarse y encontrar la felicidad en las cosas más básicas tales como la sana alimentación y las condiciones de vida necesarias.

Finalmente, en el desarrollo de la recta conciencia, la racionalidad se convierte en un requerimiento constante donde la conciencia necesita que la racionalidad le aporte al ser humano integridad moral, mientras que la conciencia aporta a la racionalidad la libertad de expresión que le permite al ser humano formar sus propios juicios con autonomía y sin interferencias, por lo que “La conciencia constituye el núcleo central y básico en la personalidad del ser humano, ella estructura la conformación ética de la persona humana, posibilitando la integridad moral del individuo y el libre desarrollo de su personalidad” (Nogueira H., 2006, p. 22).

Felicidad

Ahora bien, en el libre desarrollo de su personalidad, el hombre debe ir siempre por las cosas grandes, aquellas que lo motivan en su individualidad pues ni siquiera cabe la posibilidad de postergar los proyectos grandes y de mayor nivel de felicidad, estos han de ser siempre una prioridad que se debe alojar no solamente en el pensamiento del sujeto en cuestión, sino que también debe tener un alto grado de coherencia con la forma en la que este actúa en su cotidianidad.

Para el caso anterior, hay que tener en claro que cada sujeto comprende gradualmente qué debe hacer y cómo debe hacerlo, pues de esta forma no solo será consciente de sus prioridades cotidianas, sino que también le permitirá delimitar aquellas cosas que definitivamente no dependen de él, logrando así desligarse de cosas a las que les ha dado un alto nivel de relevancia, pero que realmente no le conciernen.

Se trata entonces de alivianar la vida, dejando de lado todas aquellas preocupaciones pasajeras y enfocándose en lo práctico, en el disfrute vivencial de la cotidianidad. Para nuestro caso en particular, la felicidad es la finalidad de la recta conciencia, pues su búsqueda, bajo criterios éticos y morales le permite al ser humano encausarse en lo fundamental, en darle más relevancia a las necesidades básicas, como lo fue en su momento para los cínicos.

Para el cínico el fin de la filosofía es alcanzar la felicidad. En esta medida, su filosofía era eminentemente práctica, funcional y utilitaria, como el mismo Onfray recalca; los medios para alcanzar la felicidad son la despreocupación y la alabanza de las necesidades básicas. (Vargas S., 2018, 138).

Pedagogía dialogante

Si bien, los conceptos vistos hasta ahora, han dejado en claro que el fortalecimiento de la habilidad de la recta conciencia del estudiante le entrega a él la capacidad de actuar asertivamente en el plano de las situaciones cotidianas, es necesario hablar de la forma en la que se esperaría que el estudiante logre la constitución y el desarrollo de las habilidades de conciencia. Esto es, encaminar a la recta conciencia desde una pedagogía dialogante.

En este aspecto, el docente tiene una labor fundamental como apoyo en el proceso de aprendizaje de la filosofía del estudiante. De esta manera, la estructura tradicional de escuela, en la que el docente solía ser el centro de información y quien impartía el conocimiento, se ve relegada y es el estudiante quien toma el foco de atención en la construcción del conocimiento.

Este intercambio de papeles, en el que el estudiante es ahora el actor principal de su mismo proceso de aprendizaje, hace que sus ideas y pensamientos expresados por el diálogo se conviertan en la base y elemento indispensable de la clase de filosofía y de la vida de la persona.

Por consiguiente, la escuela pasa a ser el lugar donde solamente se sintetiza la información que el estudiante recibe constantemente. La escuela pasa a ser un laboratorio en el que se prueba o desmiente alguna teoría vivencial que han experimentado previamente los jóvenes.

Hay que reconocer que el conocimiento se construye por fuera de la escuela, pero que es reconstruido de manera activa e interestructurada a partir del diálogo pedagógico entre el estudiante, el saber y el docente y que para que ello se presente, es condición indispensable contar con la mediación adecuada de un maestro, que favorezca de manera intencionada y trascendente el desarrollo integral del estudiante. (Casquete E. & Caicedo A., 2021, p. 410).

En la pedagogía dialogante el docente se asume como incentivador en la construcción del conocimiento, pero finalmente es el estudiante quien mediante el diálogo en el aula y fuera de ella va a seguir construyendo el conocimiento como una experiencia individual de la cual el docente y sus compañeros son partícipes del crecimiento personal de cada uno de los estudiantes.

Los retos de la cotidianidad a la recta conciencia del individuo

En el siguiente apartado se estudiarán algunos de los más grandes retos para la aplicación de la recta conciencia, pues al hacerlo se posibilita comprender con mayor grado de asertividad los obstáculos que pueden aparecer en el camino hacia la recta conciencia y la comprensión del ruido de fondo de causalidad que puede generar percances y preocupaciones al ser humano de no prestársele la atención requerida, que en este caso consiste en analizar tres de los obstáculos más importantes para la sociedad en el camino hacia la sabiduría, la verdad, la libertad, la felicidad y las buenas acciones. Lo anterior atendiendo a que el ser humano es un ser social que depende tanto de las decisiones propias, como de los estímulos del entorno.

La egoencia

Es posible que la vanidad sea una de las cuestiones que más afanan al ser humano, pues habitualmente se suele calificar a la persona por su portada sin el interés de tocar sus páginas y su contenido. Pues bien, la vanidad parece ser una cuestión tímida e inocente en la vida de la raza humana, una característica de la que no sobra tener un poco, no obstante:

Lo que en mayor estima se tiene en esta vida es solo vanidad, podredumbre, miseria; y esto nos recuerda a los perros juguetones, que terminan por pelearse, o a los niños caprichosos, que ríen un momento y lloran después. La buena fe, el pudor, la justicia y la verdad han huido hacia el Olimpo, lejos de la faz terrena. (Marco Aurelio, 1983, p. 61).

Pues bien, Marco Aurelio afirmaba anteriormente que la vanidad dificulta varios de los objetivos de vida del ser humano bueno que se ha mencionado hasta ahora. Y es que efectivamente el tinte de vanidad con el que algunas personas actúan, no es más que el reflejo de lo vacío en su ser, de querer aparentar y ser considerados ante los ojos de una sociedad. En síntesis, esta vanidad de la que se está hablando, interfiere con las intenciones colectivas del ser y termina encaminándose a los pensamientos individuales e intereses personales por la forma en la que le perciben en su entorno.

Sin embargo, la vanidad no tiene que ser necesariamente un mal que deba ser erradicado totalmente de la faz de la tierra y es aquí donde entra a intervenir el uso de la recta conciencia puesto que males como el de la vanidad se convierten precisamente en males porque el ser humano en cuestión está pensando solo en un beneficio personal.

Por lo tanto, una persona que haga uso de su recta conciencia dará un giro a su vanidad hasta lograr entender que los merecimientos del individuo se darán sin la necesidad de ufanarse exageradamente ante sus iguales. Hará entonces un uso libre de su personalidad, es decir, actuar de forma libre bajo la premisa de que nadie es superior o inferior a nadie.

“...a darme cuenta de que un príncipe puede reducir sus vanidades hasta el punto de llegar a no sobrepasar las de un particular, sin que por ello desprecie ni humille su rango ni descuide los deberes que debe ejercitar como soberano y los derechos que puede exigir” (Marco Aurelio, 1983, p. 9).

Así pues, en el aula se hará necesario delimitar el terreno de hasta qué punto puede ser negativa la vanidad y cómo se puede dar apertura a una vanidad positiva. Para lograrlo Fernando González (2014) nos explica:

Expresemos en otros términos estos fenómenos: Egoencia y Vanidad. Ésta es vacío; aquélla, realidad. El vanidoso simula y sus manifestaciones o formas carecen de la gracia vital. El egoente, haga lo que hiciere, tiene la gracia de la lógica; haga lo que hiciere, ya vaya roto o sucio, nos enamora, porque la vida es lo que nos subyuga. (p. 5).

En dicho sentido, en su proceso filosófico vivencial, el ser humano irá en dirección del egoente, haciéndose cargo de su vida en una forma genuina y siempre que mantenga en pie su responsabilidad con la sociedad que lo rodea, actuando en aras de la verdad, sin perder el ámbito comunitario que, en este caso en particular, el estudiante irá aprendiendo a tomar con el paso del tiempo y de los sucesos.

La injusticia

En ocasiones, el ser humano ocupa algunos percances y vicios que a través de generaciones van ocurriendo gradualmente en ascenso hasta tal punto de normalizarse dicho comportamiento y uno de los mayores males con este tipo de condición es el caso de la injusticia.

Dicha ambición de poseer objetos materiales de forma excesiva y a costa de los demás, se convierte en todo un dilema para la sociedad, toda vez que se fragmentan valores como el de la verdad y la rectitud al estar en desequilibrio la retribución económica con el trabajo desarrollado, ya que en muchos casos, aunque la proporción del trabajo estuviera equilibrada

para todos, unos cuantos se quedan con gran parte de las ganancias mientras que la gran mayoría reciben una parte mínima de las mismas.

Para hacer más claro el papel que cumple la justicia en la sociedad, hay que recordar que el ser humano es un animal social que interactúa de manera constante con sus iguales. Se está hablando entonces, de la influencia que tiene la sociedad en el hombre y la forma en la que el hombre incide igualmente en la sociedad y que, por lo tanto, este debe estar presto a dar lo mejor de sí con sus acciones y decisiones, comprendiendo a su vez que existen determinaciones que no provienen de su propia mano:

El hombre de bien, por su parte, se esforzará, en la medida en que dependa de él, en actuar con justicia al servicio de los otros hombres, en aceptar con serenidad los acontecimientos que no dependen de él y en pensar con rectitud y verdad. (Hadot P., 2013, p. 90).

Una vez que el ser humano en cuestión, haciendo uso de la conciencia, comprenda que la justicia hace parte del entorno en el que habita, bajo la premisa de que no habita solo, habrá de trabajar en aquello de lo que se encuentra convencido a través de la razón y siempre que no escatime ni postergue intenciones y fuerzas en conseguirla. “Esto es, si abandonases el pasado y confiaras el futuro a la providencia y dirigieras el presente sólo a la piedad y a la justicia” (Ferry L., 2007, p. 64). Pues bajo estos dos principios en función de convicciones del hombre en cuestión, se permite actuar en plena libertad y sin intenciones de doble moral.

En efecto, esta condición moral que nos entrega la recta conciencia, encaminada en el buen actuar y el buen vivir no se logra solamente mediante una intención, pues el discernimiento es para la justicia, lo que son las palabras para un buen entendedor.

De esta forma, la injusticia, tras ser trastocada por la recta conciencia, pierde sentido para el hombre consciente que entiende y discierne entre lo que es bueno de lo que no lo es. Así mismo, es la justicia quien entra a jugar en el plano de un equilibrio interno entre el ser humano y su propia sociedad, un destino y una vivencia imperturbable en comunidad que hace parte de una conciencia feliz en la que el hombre se encargue de lo que le compete y hace parte de su decisión y sus determinaciones, mientras que, lo que no depende de él aprenda a soltarlo, aceptando que existe un entorno a su alrededor del que es responsable

solo parcial y no totalmente. Si bien, la justicia es todo un reto social, conseguir llevarla a cabo será una herramienta indispensable para la formación de la recta conciencia.

La sexualidad

Las relaciones sexuales son un tema que aun en pleno siglo XXI sigue siendo tabú en ciertas comunidades pero que lejos de seguir siendo el terror en las conversaciones de adultos, debería ser un tema del que se hable con más frecuencia de lo que se practica.

Para el caso en concreto de los jóvenes, tratar de restringirles hablar de estos temas como medida de abstinencia, es como pedirle a una tortuga que vaya un poco más rápido y claramente no va a servir de mucho. Por lo tanto, hablar en el aula de un tema de interés de los jóvenes, entrega al docente la oportunidad de que sus estudiantes construyan conocimiento en un campo que, como para la gran mayoría de los seres humanos, se convertirá algún día en una cuestión que lleve a la práctica.

Para entender más al respecto, es necesario hablar primeramente del concepto de sexualidad, que, aunque en muchos casos se confunde con el concepto de relación sexual, el primero es de un espectro mucho más amplio.

La sexualidad es concebida como el conjunto de características biológicas, psicológicas y socioculturales que se encuentran presentes a lo largo de la vida del individuo e incluyen creencias, comportamientos, sentimientos, actitudes, pensamientos y valores; los cuales determinan la forma de expresarse y relacionarse. La sexualidad comprende metas más amplias que la reproducción, tales como el placer. (Mendoza M. & Olvera J., 2013, p. 259).

Esa cantidad de elementos constitutivos en el concepto de sexualidad es lo que la convierte en un arma de doble filo que, al no ser tratada de manera racional y concienciada pasa a ser un riesgo no solamente físico sino psicológico.

Para ser un poco más claros con el tema en cuestión, el problema de la sexualidad y el hecho de que el joven no haga un ejercicio de conciencia de la misma, radica en que la sexualidad es básicamente una de las formas más trascendentales por las que los seres humanos se relacionan entre sí.

Ahora bien, una vida llena de excesos y malas prácticas sexuales es sin duda un estado nada recomendable para los seres humanos, puesto que se verían afectados los comportamientos, las actitudes y los pensamientos del individuo en cuestión de una forma negativa al buscar solamente el placer o incluso llegar a contraer una enfermedad de transmisión sexual al no hacer uso del preservativo.

Parte del autocuidado en las relaciones sexuales radica en crear conciencia de las consecuencias individuales y colectivas que pueden generar las malas prácticas sexuales.

Al ser la sexualidad un mundo de posibilidades sociales, que también se encuentra estrechamente ligado a las pasiones, el estudiante debe aprender a mantener un equilibrio personal con este aspecto para lo que deberá recurrir a sus convicciones éticas y morales para hacer un correcto ejercicio de libre albedrío en el que la recta conciencia se haga partícipe para evitar que el individuo en cuestión se exponga a daños potencialmente graves a sí mismo y a las personas con las que interactúa.

La enseñanza de la filosofía y la formación de la recta conciencia

Una vez analizados los obstáculos más importantes a los que se puede enfrentar la formación de la recta conciencia, se pasa a tratar de comprender los elementos dispuestos para el correcto desarrollo de la recta conciencia. Para ello se dispondrán algunos ejercicios espirituales afines a la transformación del discurso interior y por otra parte la imperturbabilidad como búsqueda de la tranquilidad ante las preocupaciones que el entorno puede generar al ser humano.

El estoicismo y los ejercicios espirituales

En primera instancia, es necesario, como dice Pierre Hadot en su texto de *La Ciudadela Interior* (2013), adoptar una actitud de absolutismo del yo en la búsqueda de la plenitud, teniendo como objetivo primordial el lograr liberarse del punto de vista subjetivo que se encuentra íntimamente arraigado a las pasiones, para poder así elevarse hacia lo universal, hacia el logos y el bien.

Quien decide perfilarse hacia la universalidad, debe comprender que parte de esta radica en poder elevarse a sí mismo a un estadio del ser en el que se actúe de forma desinteresada pero que además lo haga por motivación propia, por la mera disposición de ponerse en el lugar del otro para entenderlo y ayudarlo en la medida de sus posibilidades.

Para tal fin, se hará necesaria la presencia de la espiritualidad del ser humano, para que este último pueda identificar las motivaciones que lo llevan a actuar. En dicho sentido los ejercicios espirituales serán el motor del ser humano. Dichos ejercicios son más bien una puerta que al ser abierta por el hombre, le entrega la posibilidad de adentrarse en una actitud que se conoce universalmente como estoica y que, si bien fue aplicada en la antigua Grecia, se mantiene en la contemporaneidad como una actitud concreta hacia la recta conciencia, no como una especie de un dogma, sino como una experiencia de vida de la que el individuo tenga la posibilidad de hacerse consiente de sí mismo y de su entorno.

Entiéndase aquí que los ejercicios espirituales no van encausados a la formación de la religiosidad, sino que el término “espirituales” va en un sentido de autodescubrimiento de las pasiones en equilibrio con las convicciones morales. La aplicación de los ejercicios espirituales por parte del colegial, viene a tratar de solucionar el problema de las pasiones desarraigadas, aquellas que se dejan desatar de la razón en algún momento de la vida y que luego cuesta frenar. Por lo anterior se hace necesario aclarar la naturaleza que adoptan estas pasiones desenfrenadas de las que estamos hablando. Al respecto, Pierre Hadot (2006) afirma:

Según todas las escuelas filosóficas, la principal causa de sufrimiento, desorden e inconciencia del hombre proviene de sus pasiones: de sus deseos desordenados, de sus temores exagerados. El dominio que sobre él ejercen las preocupaciones le impide vivir en la verdad. (p. 25)

Por lo tanto, el camino para solucionar el sufrimiento e infelicidad, radica en establecer una ruta para poder transformar las situaciones con las que el ser humano en cuestión no se encuentra naturalizado. Es necesario retomar el concepto sobre la transformación del discurso interior, que habla sobre la percepción que tiene el hombre sobre las cosas.

Para ello es indispensable encontrar un espacio cómodo y hacer uso de la meditación y la escritura como procesos de análisis y resignificación de las percepciones de los factores y estímulos del entorno. La búsqueda interior del ser consiste para Pierre Hadot (2006) en 3 reglas de vida: el juicio, el deseo y el impulso. Primeramente, se establece que el juicio, debe emitirse con objetividad, esto es, un discurso que no tenga la capacidad de engañar. Lo siguiente es el deseo, encausado a la búsqueda de una disposición interior desde el amor por

los demás y por las buenas acciones para finalmente actuar, desde “el impulso”, con justicia y acciones que estén encaminadas al servicio de la comunidad.

Finalmente, se recalca que en la construcción del discurso interior, la humanidad debe actuar con libertad, lo que implica no aceptar una verdad como absoluta, pues eso solo trincaría los intentos del ser humano por acercarse a la verdad. Para este caso en específico ni los conocimientos ni la fe tienen la posibilidad de hacerlo, en este caso ha de ser la conciencia misma quien entre en funcionamiento, para que el individuo se asuma en una actitud crítica y de librepensamiento donde construya su propia verdad desde las razones y las pasiones.

La búsqueda de la felicidad

Como ya se hablaba en el capítulo anterior, gran parte del sufrimiento y la infelicidad del ser humano, radica en los deseos desordenados que se convierten en ansias de satisfacer una desdicha, como también es el caso de enfocarse en obtener aquello que no les pertenece o que no está a su alcance. Al respecto, los estoicos “Según explican, la infelicidad de los hombres proviene de su anhelo por conseguir o conservar ciertos bienes que se arriesgan a no obtener o a perder, obcecándose en evitar males a menudo ineluctables.” (Hadot P., 2006, p. 26)

Por tal motivo, es indispensable acudir a la búsqueda de elementos filosóficos que, en el caso de los escolares, les entregue la oportunidad de hacer conciencia sobre las ideas y decisiones propias, especialmente de aquellas en las que se tiende a mantener firmeza, a pesar de que sean poco acertadas.

Por lo tanto, es necesario destacar un objetivo especialmente arraigado a la felicidad y es el de la imperturbabilidad. Este principio ayudará a los estudiantes a ir encontrando aquellos pensamientos, palabras y acciones en las que puedan encontrar paz y tranquilidad trayendo a sí mismos un equilibrio entre acercarse a las cosas anheladas y alejarse de aquellas que constantemente generan inquietud.

Ahora bien, este ítem de “...la imperturbabilidad, correspondiente a la parte racional del alma, sí depende completamente del sujeto pues su causa son las creencias que éste tenga acerca de las impresiones que recibe.” (Sáenz A., 2014, p. 47). Siendo así toda una manifestación del ser humano por liberarse racionalmente de aquello que les genera infelicidad.

Cabe aclarar que la imperturbabilidad no será una señal de inmutabilidad ante los agentes externos, pues precisamente los demás principios coaccionan para que a su tiempo y su momento el sujeto vaya encontrando un equilibrio entre sus acciones y pensamientos.

El principio de imperturbabilidad sirve como indicador de autonomía, de mantener la tranquilidad por estar pensando y actuando de forma genuina y sensata, con valores propios de la recta conciencia. Esto es, trabajando en mí ser para poder a la vez servir adecuadamente a la sociedad de la que soy parte. “La felicidad hay que buscarla, por tanto, en la independencia, la libertad, la autonomía, o lo que es lo mismo, en el retorno a lo esencial, a lo que constituye verdaderamente nuestro «YO” y a cuanto depende de nosotros.” (Hadot P., 2006, p. 50)

De esta forma, la imperturbabilidad y la felicidad se verán reflejados en los deseos, convicciones y acciones del ser humano en cuestión, pues este procurará mantener en pie la mentalidad de hacer las cosas en la búsqueda del bienestar de su propio entorno, así mismo tendrá la capacidad de tomar conciencia sobre la importancia de su existencia, de las decisiones y acciones que se encuentran bajo su voluntad.

Conclusiones

Es extensa la lista de elementos constitutivos de la conciencia en el ser humano y no es para menos, pues se trata de la mente del ser vivo con la capacidad intelectual más grande en toda la faz de la tierra. Ahora bien, es posible afirmar en primera instancia que debido a que las capacidades intelectuales del ser humano dependen en gran parte de su formación académica, también existen personas con mayor grado de conciencia puesto que en ambos casos, acrecentar su nivel implica que cada individuo se haga partícipe de desarrollar adecuadamente sus capacidades de razonamiento. En el caso en específico de la conciencia consiste en lograr gradualmente discernir mejor entre el bien y el mal y actuar de acuerdo a sus convicciones éticas y morales. Esto en definitiva, fortalece la toma de decisiones cotidianas asertivamente.

Uno de los hallazgos de la presente investigación consiste en la concepción de la recta conciencia como un ámbito del ser humano que se puede formar constantemente por medio de los elementos constitutivos para el fortalecimiento de la misma expuestos en el apartado anterior.

Comentado [WTOU1]: Ampliar las conclusiones

Comentado [WTOU2]: Si la conciencia depende de la capacidad intelectual: ¿hay personas con mayor conciencia como hay personas con mayor capacidad intelectual?

Comentado [WTOU3]: ¿Por qué?

La enseñanza y el aprendizaje de la filosofía traen consigo un sinnúmero de cuestionamientos que nacen en la cotidianidad pero que se dialogan, construyen, deforman y se reestructuran en el aula. Por lo tanto, lo anterior siempre se debe plantear bajo la premisa de satisfacer las necesidades emergentes dentro de la dinámica de los estudiantes permitiéndoles, mediante una pedagogía dialogante, la expresión de sus inquietudes vivenciales, de este modo, hacer a los escolares los principales actores de su proceso de formación desde la gestación del proceso educativo y durante el transcurso del mismo.

Comentado [WTOU4]: Redacción

Entre ellos se destaca inicialmente la pedagogía dialogante que permite delimitar el papel del docente como incentivador en la construcción del conocimiento al estudiante, estimulando un ejercicio de investigación sobre sus experiencias cotidianas y a su vez, perciba a la escuela como el laboratorio en el que se experimenta, mediante los ejercicios espirituales y la aplicación de la imperturbabilidad.

El segundo elemento constitutivo, consiste en la aplicación de los ejercicios espirituales para el descubrimiento de las motivaciones y pasiones del ser bajo un equilibrio con las convicciones morales que lo hagan consciente de sí mismo y de su entorno, finalmente lo anterior, proporciona el paso a la imperturbabilidad que permite acercarse a los anhelos más profundos del ser y alejarse en cambio, de las inquietudes ajenas a sus acciones y responsabilidades, así como de las pasiones desenfrenadas o vicios que solo le generarían infelicidad.

Ahora bien, en lo que respecta al libre albedrío del ser humano, es necesario pensar igualmente que todo gran poder conlleva una responsabilidad puesto que analizar en primera instancia la gran variedad de alternativas de decisión y acción así como tener control último de estas es algo que afecta no solo al individuo en cuestión sino al entorno en el que habita. Un ejemplo de ello es el caso de un docente temporalmente desmotivado que decida realizar planear sus clases de forma mediocre, lo que conlleva a que el proceso de formación de sus estudiantes se vea afectado de manera negativa al no ser cubierto oportunamente el rol del docente en el aula.

Comentado [WTOU5]: ¿Por qué?, ¿en qué sentido?

La capacidad intelectual del ser humano le entrega al mismo la posibilidad de libre elección, que de ser tomada a la ligera, se puede convertir en una carga pesada para quien no tenga un juicio ético y moral adecuado, con respecto a lo que es bueno y lo que es malo. Lo anterior debido a que el libre albedrío es tanto una libertad como una responsabilidad que el individuo

Comentado [WTOU6]: Justificar afirmación a través de los elementos expuestos anteriormente en el escrito

tiene con una sociedad habitada por iguales, que saldrán afectados positiva o negativamente ante sus decisiones.

Ahora bien, la enseñanza y aprendizaje de la filosofía sí tiene la capacidad de darle a la especie humana los insumos requeridos para que la conciencia del individuo en cuestión se mantenga cuerda y le posibilite comprender el ruido de fondo de causalidad que, con cada persona existente en la faz de la tierra equivale a un infinito número de sonidos totalmente distintos, pero que tienen la posibilidad de encaminarse a una hermosa sinfonía de acción conjunta para un mundo feliz.

Por lo tanto, la formación de la recta conciencia le entrega al escolar la oportunidad de fomentar la conciencia de su existencia al fortalecer sus juicios racionales y conectarlos con su yo interior, o lo que es igual, a hacerse consiente de sí mismo a través del uso del libre albedrío.

De igual manera, le capacita para mejorar la calidad de sus determinaciones gracias a las habilidades de pensamiento crítico que la recta conciencia estimula, puesto que la filosofía asiste al ser humano en la tarea de discernir gradualmente lo que es bueno de lo que no lo es. No obstante, es indispensable aclarar que cada persona es distinta y por lo tanto, sus concepciones de la ética y la moral del ser siguen perteneciendo a su libertad de interpretación, lo que le permite a su vez seguir siendo constructor de las mismas. Bajo este orden de ideas su interpretación es el punto de encuentro entre la moral y la libertad puesto que el acto de conciencia sigue siendo recto siempre que haya bondad y siempre que se procure el máximo beneficio no solamente personal sino colectivo.

Referencias

Alarcón, N. (2018). El problema de la conciencia en la filosofía contemporánea. Logos (La Serena).

Brandi de Portorrico, S. (2006). Conciencia recta y conciencia verdadera. Sociedad Tomista Argentina.

Berger, P., & Luckmann, T. (2002). Los fundamentos del conocimiento en la vida cotidiana. La construcción social de la realidad. Amorruutu-Murguía, 36-52.

Casquete E. & Caicedo A., (2021). La Escuela de hoy: Hacia una pedagogía dialogante. Pol. Con. (Edición núm. 62) Vol. 6, No 9, 403-412.

Chalmers, D. J. (1999). La mente conciente. Gedisa.

Correa Lozano, L. (2012). La enseñanza de la filosofía y sus contribuciones al desarrollo del pensamiento. Sophia, Colección de Filosofía de la Educación, núm. 12, 2012, pp. 67-82.

Ferry, L. (2007). Aprender a vivir I: Filosofía para jóvenes. Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara. S.A.

Gandler, S. (2010). Conciencia y vida cotidiana en la Filosofía de la praxis de Adolfo Sánchez Vásquez. Utopía y Praxis Latinoamericana, 15(48), 11-23.

Gómez, C. (2007), Una reivindicación de la conciencia (De la crítica a la filosofía de la conciencia a la reivindicación de la conciencia moral), Isegoría: Revista de filosofía moral y política, 167-196.

González, F. (2014) Los negroides (ensayo sobre la gran Colombia). Medellín, Fondo Editorial Universidad Eafit / Corporación Otraparte, colección Biblioteca Fernando González.

Hadot, P., Carlier J. & Davidson, A. I. (2009). La filosofía como forma de vida: Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson. Alpha Decay.

Hadot, P. (2006). Hadot - Ejercicios Espirituales y Filosofía Antigua. (2nd ed.). Biblioteca de Ensayo Siruela.

Hadot, P. (2013). La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio. Alpha Decay.

López, C., (2020). La conciencia moral: entre la libertad racional y la represión cultural. Universidad del Rosario.

Marco Aurelio (1983). Meditaciones. Gredos.

Muñoz, J. (2012). Hacia una sistematización de la relación entre determinismo y libertad. Revista internacional de filosofía N° 56, 5-19.

Nogueira, H. (2006). La libertad de conciencia, la manifestación de creencias y la libertad de culto en el ordenamiento jurídico chileno. *Ius et Praxis*, 12(2), 13-41.

Pachón, D. (2015). El pensamiento político de Fernando González Ochoa: del rastacuerismo a la autoexpresión del individuo. *Ciencia Política*, 10(20), 151-175.

Ribeiro, G. (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de antropología social*, (3).

Sáenz, A. (2014). Placer e imperturbabilidad en el atomismo de Epicuro. (Bachelor's thesis, Bogotá-Uniandes).

Tébar, H. (2017). La educación y formación de la conciencia moral de los jóvenes. *Revista de la Universidad de La Salle*, (73), 57-70.

Vargas, S. (2018). Michael Onfray y el Kinismo. *Eikasia*, revista de filosofía.